

## Relaciones sociales de “calidad” en la producción y el trabajo de la vitivinicultura de Cuyo, Argentina

Germán Quaranta

María Brignardello

### INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, la producción vitivinícola cuyana atravesó importantes procesos de reestructuración asociados con la redefinición de las formas de producción a partir de la creciente importancia de los criterios de calidad. Estos últimos evidencian cierto nivel de diferenciación y presentan una variedad de significados que requieren un esfuerzo para su conceptualización con el objetivo de comprender y explicar lo que implica la calidad en las agriculturas reestructuradas.

Aquí entendemos la calidad como relaciones sociales que forman parte de los procesos de reestructuración agrícola, abarcando la articulación agroindustrial de las bodegas elaboradoras de vino, los establecimientos primarios y los trabajadores de la vid. El objetivo de este capítulo, en el marco de esta definición, es dar cuenta del papel que cumple y el significado que adquiere la “calidad” en la organización social de la producción de vid en la provincia de Mendoza.

La metodología se basa en diferentes estudios sobre la vitivinicultura mendocina, realizados por los autores y otros investigadores del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales-Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Estos trabajos de corte cualitativo, cuya producción se encuentra ampliamente referenciada en el texto, priorizan las entrevistas en profundidad

como fuente de información, aunque se combinan con análisis de datos secundarios y, en algún caso, con la realización de encuestas a productores. Las entrevistas se realizaron tanto en la zona alta del río Mendoza como en el Valle de Uco, e incluyen a productores, bodegueros, agrónomos, intermediarios y trabajadores.

Este capítulo se organiza de la siguiente manera: luego de esta introducción, en primer lugar se explicita el problema y el enfoque conceptual que motivan estas páginas; en segundo término se presenta el caso de estudio (la producción vitivinícola de calidad en la provincia de Mendoza, región de Cuyo, Argentina); posteriormente, en tercer y cuarto lugares, se abordan las relaciones sociales de calidad entre los agentes elaboradores de vinos, los establecimientos dedicados a la producción de vid y los trabajadores. Finalmente, se concluye sintetizando las principales implicaciones del enfoque conceptual utilizado para abordar el fenómeno de la calidad en el marco de agriculturas reestructuradas.

#### RESTRUCTURACIÓN AGROALIMENTARIA Y RELACIONES SOCIALES DE CALIDAD

Las transformaciones que experimentaron la producción y el consumo de alimentos y su interpretación en las últimas décadas estuvieron fuertemente influidas por los criterios de “calidad”, construidos fundamentalmente desde la industria, la gran distribución y el consumo. Esto se traduce en exigencias a la producción primaria, que debe adaptar sus procesos a estos nuevos criterios de calidad, establecidos en otros eslabones de la producción y el consumo de alimentos (Marsden, 2003).

La reestructuración social y productiva desembocó en una agricultura de carácter flexible que combina “nuevas” y “viejas” tecnologías y diferentes formas de organización del trabajo; donde los procesos y los mercados laborales se caracterizan por su heterogeneidad y diversidad (Lara, 1998). Las empresas agroalimentarias responden a los escenarios globales de producción de alimentos, desplegando estrategias de flexibilización de la organización y de la contratación del trabajo con el propósito de sostener los procesos de acumulación (Neiman y Quaranta, 2001). Al mismo tiempo, tales estrategias empresariales

deben responder a las exigencias que la creciente heterogeneidad y fragmentación del consumo presentan a la acumulación de capital (Bonanno y Barbosa Cavalcanti, 2011).

La noción de calidad en estos procesos tiene múltiples significados y consecuencias que se expresan diferencialmente en la reestructuración y organización de la producción y el consumo. Inclusive, los autores que remarcan la importancia de la estandarización de los criterios de calidad en la producción capitalista de alimentos destacan la polisemia que pueden adquirir estos criterios para los diferentes actores que intervienen en su definición (Busch, 2000). Sin embargo, la investigación académica destaca dos grandes formas de entender o conceptualizar a la calidad en los sistemas alimentarios: por un lado, los abordajes que focalizan la definición en los atributos del producto y en la normalización de los procesos productivos y, por otro, aquellos que priorizan el criterio de las denominaciones de origen, que definen la calidad a partir de la conjunción de condiciones agroecológicas, formas de producir, normas e identidades culturales, etc. Este último modo de entender la calidad, de acento institucionalista, se encuentra estrechamente asociado con los desarrollos conceptuales de la escuela de la economía de las convenciones (Nicolas y Valceschini, 1995).

Tanto la objetivación de la calidad en determinados atributos o en las formas de producción de los alimentos como el acento puesto en los procesos institucionales que sostienen su definición resultan limitados para captar la complejidad de la relación que se establece entre la reestructuración y las exigencias de calidad presentes en la organización de los sistemas alimentarios. La idea de calidad excede estos significados y “[...] refleja las dimensiones económicas-productivas, comerciales y culturales o simbólicas y que será constitutiva de nuevas relaciones sociales para el medio rural” (Neiman, 2003: 295).

Los fenómenos de reestructuración agroalimentaria, estrechamente vinculados con los exigentes y heterogéneos criterios de calidad, que actualmente atraviesan a la producción y el consumo de alimentos, son resultado de complejos procesos sociales y de estrategias de actores en contextos estructurales específicos. Bajo estos escenarios, para dar cuenta de la realidad de los

sistemas alimentarios atravesados por las exigencias de calidad se requiere un enfoque que sea capaz de captar la diversidad de criterios y significados que adquiere esta noción.

Los criterios de calidad puestos en práctica por los agentes productivos son heterogéneos y se diferencian en los distintos eslabones de las cadenas de producción de alimentos, inclusive en un mismo eslabón (Ponte, 2009). Así, la calidad presenta diversos significados con consecuencias específicas sobre la organización de la producción y el trabajo en la agricultura y, consecuentemente, constituye un elemento de los procesos de reestructuración y no exclusivamente una consecuencia o resultado de los mismos.

Bajo estas condiciones surge el interrogante acerca de cómo entender y abordar la “calidad” de forma tal que se pueda captar la complejidad que adquiere la organización social de la producción de alimentos. Una primera respuesta a esta inquietud implica entenderla, en el marco de una mirada poses-structuralista, como un fenómeno socialmente construido (Goldfarb, 2005).

Abordar la calidad en el marco de procesos de reestructuración agroalimentaria requiere una mirada capaz de captar la complejidad de procesos que no necesariamente se encuentran estructurados a través de instituciones o reglas formalizadas. En esta dirección, entenderla como un fenómeno socialmente construido permite abordar las prácticas, las relaciones y los procesos sociales que nos facilitan su comprensión y explicación. Así, entendemos a la calidad como relaciones sociales que los actores establecen en marcos estructurales que delimitan los sistemas alimentarios y los órdenes sociales que los contienen. Estas relaciones son establecidas entre los diferentes actores involucrados en la producción de alimentos y constituyen las bases a partir de las cuales se construyen los criterios de calidad que operan en la organización social de la agricultura. De esta manera, estos requerimientos intervienen en las relaciones agroalimentarias que establecen los diferentes agentes de la producción de alimentos (productores, elaboradores, gran distribución, consumidores, etc.); a la vez sus prácticas inciden en las formas y dinámicas que adquieren los procesos de reestructuración social y productiva de las agriculturas de calidad.

En este trabajo abordamos las relaciones sociales de calidad establecidas por los productores de vid con las bodegas elaboradoras de vino y con los trabajadores agrícolas. En el marco de un análisis posestructuralista, entendemos dichas relaciones como acciones recíprocamente orientadas y desplegadas en contextos específicos de organización social. Estas prácticas y relaciones reflejan las distintas posiciones sociales que atraviesan los sistemas alimentarios y las estructuras sociales que engloban a la producción de vinos de alta calidad enológica.

#### PRESENTACIÓN DEL CASO:

##### LA REESTRUCTURACIÓN EN UN SECTOR VITIVINÍCOLA MENDOCINO

Mendoza, provincia del centro oeste de Argentina, ubicada en la región de Cuyo, constituye, e históricamente lo ha sido, el centro productivo y económico de la vitivinicultura nacional. De hecho, la provincia registraba 66% de los viñedos del país en 2015.

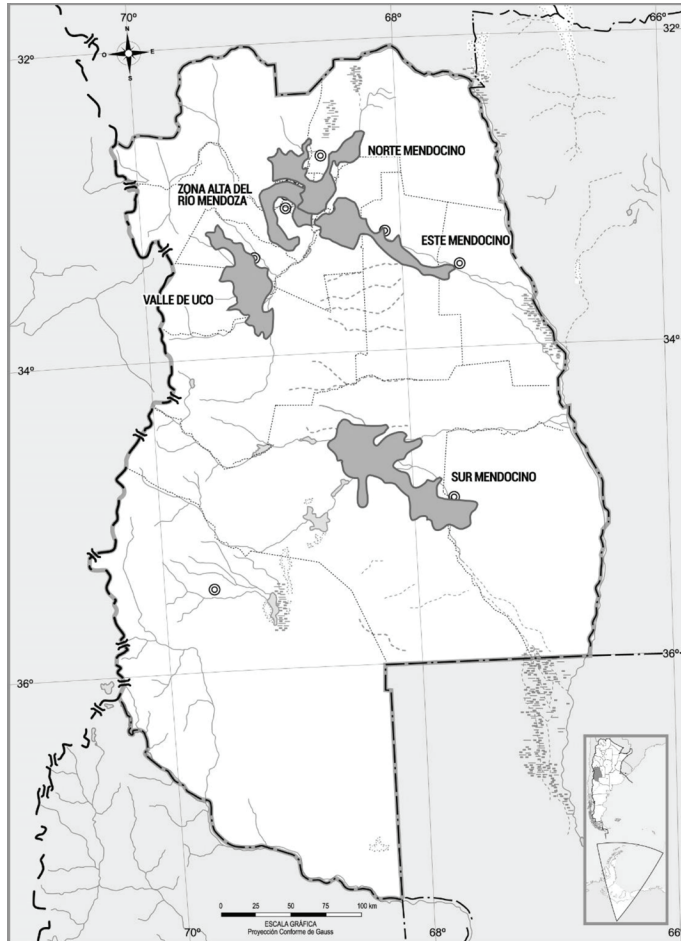
Específicamente, a lo largo de su historia, la vitivinicultura en la provincia de Mendoza ha registrado numerosos procesos de cambio, transformaciones, crisis y auges productivos y económicos. Debido a sus condiciones agroecológicas, la producción agrícola en general se organiza en oasis productivos (cinco en total), aunque en este capítulo nos centramos en dos espacios: uno tradicionalmente vinculado al cultivo de vid (la Zona Alta del río Mendoza) y otro incorporado hace dos décadas aproximadamente a partir de la mencionada reestructuración de un sector vitivinícola específico (Valle de Uco) (mapa 1).

Situando el cultivo de vid y la elaboración de vino en términos históricos, se observa que alrededor de 1880, durante la consolidación de este modo de producción agroindustrial especializado, resultó esencial la llegada del servicio ferroviario Buenos Aires-Mendoza. Éste permitió la conexión con los principales mercados de consumo, abrió un canal de abastecimiento de los insumos necesarios e impulsó la llegada de importantes corrientes migratorias, que generó una oferta abundante de mano de obra calificada,<sup>1</sup> al provenir fundamentalmente

<sup>1</sup> Estos inmigrantes también introdujeron variedades de viña, técnicas de cultivo y sistemas de mantenimiento nuevos (Salvatore, 1986).

Mapa 1

Oasis productivos en la provincia de Mendoza, Argentina



Fuente: Elaboración propia con base en cartografías provinciales.

de países con tradición vitivinícola (Richard-Jorba *et al.*, 2006). Tanto fue así que se produjo un crecimiento vertiginoso de la superficie implantada de vides: pasó de 6 300 a 19 700 hectáreas entre 1890 y 1900, alcanzando 55 300 en 1914 (Salvatore, 1986: 241). Estos nuevos viñedos fueron implantados con un criterio casi de “agricultura industrial” (Richard-Jorba, 2009), avanzando hacia

un modelo productivo masivo, de calidad deficiente y orientado exclusivamente al mercado interno.

Concretamente la estructura social del sector vitivinícola del momento se encontraba constituida por los grandes bodegueros integrados,<sup>2</sup> los bodegueros trasladistas,<sup>3</sup> los medianos y pequeños industriales, los comerciantes extrarregionales, los propietarios de viña, los obreros —de viña y bodega— permanentes con condiciones poco estables, los peones agrícolas y jornaleros agroindustriales, así como los contratistas de viñas,<sup>4</sup> vinculados en redes asimétricas, aunque continuamente negociadas, de aquello que se conformaría como el núcleo central de la economía regional (Richard-Jorba, 2003).

Este modelo se extendió, con crisis de sobreproducción cíclicas, hasta la década de 1970, en un contexto de crecimiento sostenido del consumo per cápita, momento a partir del cual la demanda de vino común cayó verticalmente de más de 90 litros per cápita en ese año, a 83 en 1976 y 55 en 1991 (Lacoste, 2004: 92); en parte por el cambio en las preferencias de los consumidores que se volcaron a otros productos como la cerveza y las gaseosas. Paralelamente, entraron en plena producción miles de hectáreas de uva criolla que se habían plantado previamente, generando un desequilibrio de los mercados, que de cíclico pasó a ser permanente, debido a este movimiento contradictorio entre la oferta y la demanda. Las grandes bodegas, que habían dominado la industria por casi un siglo, comenzaron a derrumbarse, sumergiendo a todo el sector en un estancamiento productivo.

Resumiendo, ya hacia finales de la década de 1980, se afrontó la crisis con la erradicación de miles de hectáreas y el establecimiento de cupos de cosecha con porcentajes distintos según variedades, mientras que el Estado adquirió

<sup>2</sup> Las bodegas integradas hacen referencia a aquellas que no sólo elaboran vino, sino que poseen viñedos propios. Estas grandes empresas eran de capitales familiares de origen italiano (Giol, Gargantini, Tittarelli), español (Escorihuela, Arizu, Goyenechea) y en menor medida francés (Civit), pero también de familias locales capitalizadas en la etapa ganadera (Benegas, Villanueva, Blanco, Videla) (Collado, 2006; Mateu, 1996).

<sup>3</sup> Las bodegas trasladistas son aquellas que elaboran vino a partir de uva propia y/o de terceros, que es vendido a granel a grandes bodegas o fraccionadoras.

<sup>4</sup> La denominación de contratista de viña refiere a un novedoso complejo de relaciones sociales de producción que se implantó: quien mantenía, junto a su familia, un viñedo a cambio de una suma fija por hectárea trabajada y de una participación en la cosecha (Richard-Jorba, 2003).

grandes volúmenes de excedentes para su eliminación, parcialmente financiado con una sobretasa al vino. De esta forma, no sólo disminuyó la superficie de vid, sino que además se produjo una pérdida cualitativa, cuando miles de hectáreas de variedades “nobles” fueron erradicadas principalmente de Luján de Cuyo, Maipú y San Rafael, como el malbec que, entre 1971 y 1991, llegó a perder más de 30 mil hectáreas.

Ahora bien, desde principios de la década de 1990 se introdujeron cambios significativos en este modelo productivo, lo que modificó la dinámica de la trama vitivinícola (Bocco y Neiman, 2001). Mientras que en el plano nacional se generaba un proceso desindustrializador y tercerizador de la economía, en Mendoza se encaraba una reconversión industrial, que impulsó la transformación del sector vitivinícola, entre otros, con el objetivo de volverlo más competitivo (Collado, 2006). Específicamente, los factores más relevantes que impulsaron tal reestructuración son los cambios en el consumo de vino, tanto a nivel mundial como nacional; el ingreso de capitales transnacionales a la actividad productiva, insertándose en la actividad primaria y en las etapas de elaboración y comercialización, así como las innovaciones tecnológicas en las diversas fases productivas, tanto las referidas al equipamiento y la maquinaria, como las vinculadas a la organización de los procesos productivos (Azpiazu y Basualdo, 2000; Bocco y Neiman, 2001; Bocco, 2005).

De acuerdo con algunos estudios pioneros, esta reestructuración<sup>5</sup> implicó el paso del modelo tradicional “productivista” a uno comandado por la “calidad”, con pautas más “flexibles” de producción, orientado a la elaboración de productos diferenciados (Bocco y Neiman, 2001; Neiman, 2003). Desde nuestra perspectiva, esta modificación ocurrió en un sector de explotaciones y bodegas que, aunque no podamos suponer su vigencia para todo el sistema vitivinícola local, se transmitió de forma heterogénea y desigual a un importante número de productores. Sin embargo, muchos agentes participaron de ambos

<sup>5</sup> Algunos autores ponen en duda esta concepción de reestructuración vitivinícola. Richard-Jorba (2008) sostiene que existen continuidades estructurales y que los cambios se asientan en una profundización y maduración de características ya existentes en la primigenia vitivinicultura capitalista. Sin embargo, en este artículo se considera que existe suficiente evidencia empírica para sostener una efectiva reconfiguración de actores y la reestructuración de un sector específico de la industria vitivinícola.



esquemas, reestructurándose en función de las nuevas demandas, pero manteniendo una parte de su producción destinada a vinos sin mención varietal.

De esta forma, se produjeron cambios considerables en el modelo productivo, que incorpora nuevos agentes, modifica los ya presentes y reconfigura las formas de producir uva, y trabajar la viña (Neiman y Quaranta, 2001; Quaranta y Fabio, 2011), así como de elaborar y consumir vinos (Bocco *et al.*, 2007).

En terminos productivos, en la actualidad 98.45% de la superficie plantada con vid de la provincia es para variedades de vinificar, mostrando un incremento de casi 13% respecto del año 2000, en detrimento de las uvas de mesa y para pasas. Respecto de las variedades para vinificar, las de alta calidad enológica llegaron a representar, en 2015, 70% de la producción, manteniendo desde la década de 1990 una tendencia creciente (cuadro 1). De hecho el malbec, variedad insignia de la Argentina en el mundo, pasó en 1993 de 9 189 hectáreas a 34 095 en 2015, con una variación positiva de 271.05%, llegando a representar 86.35% del total de malbec en el país. Estos datos resaltan la relevancia en la provincia de esta reestructuración productiva al menos para un sector.

Cuadro 1  
Evolución de superficie variedades de alta calidad enológica y otras variedades en hectáreas.  
Mendoza

<i>Tipos de variedades de uvas</i>	<i>1990</i>	<i>2015</i>	<i>Var % 15/00</i>
Variedades tintas alta calidad	32 737	85 942	163
Variedades blancas alta calidad	27 870	24 226	-13.1
Otras variedades para vinificar	83 800	47 009	-43.9
Total variedades para vinificar	144 408	157 178	8.8

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INV (1990, 2015).

Otra dimensión de estos procesos de reestructuración se vincula con el destino de la producción. De acuerdo con los datos recabados, a inicios de la década de 1990 ésta se empezó a volcar de forma creciente hacia la demanda externa, que hasta ese momento era marginal (aunque sin abandonar el mercado interno).

Este crecimiento no es exclusivamente cuantitativo, sino que también aumenta el precio de las exportaciones, sobre todo a partir de la salida de la convertibilidad y la posterior devaluación de 2002, lo que favoreció la comercialización en el mercado interno, valorizó la rentabilidad de los segmentos del capital con sesgo exportador, a la par que afianzó la posibilidad de que vinos comunes y/o mostos pudieran ser productivos y comercializados con ese mismo destino. Específicamente, en 2015 se observó que la mayor cantidad de vinos exportados se agrupaba en los varietales, con 2 236 224.35 hectolitros, representando 83.6% del total, a la par que generó la mayor cantidad de ingresos, que representaban 90.86% de los dólares ingresados por esas ventas.

En torno a la comercialización, a partir de la década de 1990, se registró una tendencia a la baja en el consumo interno, vinculada a una competencia creciente de las bebidas sustitutas, especialmente gaseosas, aguas minerales y cervezas (Instituto de Desarrollo Rural-Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, IDR-INTA, 1999), a la par que se registraron cambios en los tipos de vino consumidos, creciendo la preferencia por los premium y descendiendo la de productos de baja calidad. En el nivel primario, este cambio complicó la posibilidad de comercializar uva criolla por parte de los productores, reforzando su necesidad de reconvertir la plantación en función de la demanda creciente de otras variedades.

Resumiendo, los datos cuantitativos expuestos evidencian la reestructuración del sector más dinámico de la vitivinicultura provincial orientado a la producción de uvas y vinos de calidad. Esta reconfiguración dio lugar a la redefinición y emergencia de relaciones sociales que permitieron su puesta en marcha, referidas a los vínculos establecidos entre las bodegas, los productores de uva y entre éstos y los trabajadores.

#### LA CALIDAD COMO MEDIADORA DE LAS BODEGAS Y LOS PRODUCTORES DE UVA

La articulación entre bodegas elaboradoras de vino y productores de uva no resulta novedosa para el complejo vitivinícola mendocino. Sin embargo, las formas concretas que adquiere este vínculo no se encuentran presentes bajo las mismas configuraciones en la actualidad. En los esquemas modernos, el

capital no tiene necesariamente mayor interés en ser el dueño de la tierra, sino que aquello que le resulta trascendente es el acceso a insumos agrícolas, que deben portar ciertos rasgos distintivos (Araújo Filgueiras, 2013). Así, el acceso a la propiedad termina inmovilizando una cantidad muy grande de capital, al mismo tiempo que no le permite la flexibilidad a la que se vincula la compra de la materia prima a terceros, sobre todo cuando se construyen mecanismos para acceder a determinadas cuotas de un producto específico, en función de las necesidades cambiantes de la agroindustria y de las demandas fragmentadas de los consumidores.

De hecho, esta articulación entre productores y bodegas comienza a modificar sus características, a la par que la agroindustria se reestructuraba bajo esquemas de la calidad (Brignardello, 2015). Asimismo, frente a los cambios en el consumo mundial y nacional de vino, y al agregado de los destinos de exportación, las bodegas optaron por plantear relaciones verticales más estrechas, cercanas, con los productores primarios, con el objetivo de abastecerse de una determinada calidad (que no necesariamente implicaba la continuación de las formas productivas practicadas hasta ese entonces, pero tampoco la modificación completa de todos los elementos involucrados en la producción), y que además pudiera mantenerse en el tiempo, ya que una de las especificaciones de este modelo se vincula a la homogeneidad dentro de un mismo rango de calidad.

En este marco de mayores especificaciones, las bodegas desarrollan una mayor integración “hacia atrás”, en un primer momento a partir del establecimiento de relaciones no contractuales (Bocco, 2005) o de subcontratos supervisados (Gago, 2003), donde la confianza y el trato personal con el productor desempeñan un papel central.<sup>6</sup> Una vez que los bodegueros encuentran la oferta de uva específica que buscaban en el mercado de forma generalizada, las modalidades de articulación descritas comienzan nuevamente a reconfigurarse.

Ahora bien, ¿a través de qué mecanismos las bodegas logran abastecerse de una uva específica, con el objetivo de producir vinos bajo esquemas de calidad?

<sup>6</sup> Gutman (2005) plantea que incluso se sostenían formas de agricultura de contrato, que prevenían los riesgos como heladas, granizos, lluvias y otros problemas que compartían. Sin embargo, en nuestro trabajo de campo no hemos hallado estos elementos, aun cuando se han buscado específicamente.

En primera instancia, a partir de las entrevistas realizadas no encontramos esquemas estrictos de integración contractual o de “agricultura de contrato”, ya que no se establecen contratos formales que detallen cantidades y calidades de las uvas a comprar ni precios a pagar por la misma, tampoco se otorgan necesariamente adelantos de insumos, ni se exige la exclusividad de venta a una única bodega. No obstante, a pesar de esta ausencia de formalización en la relación de integración, las bodegas logran abastecerse, campaña tras campaña, de una materia prima con especificidades detalladas; por tanto, queda por resolver cómo logran este abastecimiento y qué implicó para esta articulación entre bodega y productor.

En un primer momento de la reestructuración se observa que el precio de las uvas de alta calidad enológica, y dentro de éstas algunas especialmente como el malbec o el cabernet sauvignon, era el elemento que lograba involucrar al productor en los cambios que implicaba esta forma productiva. De esta manera, la bodega “fidelizaba” al productor, quien fortalecía su vínculo con la misma, a la par que esta estrategia de segmentación de precios permitió a las bodegas abastecerse de una uva con características específicas, algunas novedosas para la época.

A partir de la búsqueda de calidades específicas se estableció un sistema y un protocolo de cosecha en algunas de las bodegas pioneras en la puesta de marcha de los primeros esquemas de calidad. Ahora bien, lo que en un principio resultaba un bien agrícola distinto al producido hasta ese entonces, junto con una forma de organizar la producción particular, con el tiempo se fue generalizando, por lo que las bodegas consideraron innecesaria la continuación de este mecanismo de segmentación de precios, al menos para parámetros productivos básicos como la disponibilidad de variedades de alta calidad enológica en un número creciente de explotaciones primarias. De hecho, en la actualidad el precio se establece una vez entregada la uva a la bodega, con lo cual el productor no sabe en términos estrictos a qué precio está vendiendo su mercancía agrícola (Brignardello, 2015).

Como se ha mencionado en otros trabajos (Brignardello, 2012), y como evidencian los cambios mencionados, la forma que adquiera la articulación

agroindustrial entre productor de uva y bodega no se construye de una vez y para siempre, ni adquiere una forma exclusiva. En otras palabras, estas calidades plurales se traducen en determinadas labores culturales en la viña, en tiempo y forma, en ciertos mecanismos para controlar por parte de las bodegas la realización de las mismas en la normalización de ciertos momentos productivos críticos como la poda, la cosecha y el traslado. Así, son las bodegas los agentes encargados de traducir las normas y calidades en abstracto en tareas concretas, y formas y tiempos de organizar la producción, a los distintos productores-proveedores de uva.

Al especificar algunos puntos de esta articulación social bajo esquemas de calidad, partimos de considerar que para insertarse en formas de producción vinculadas con la elaboración de vinos de calidad, es necesario contar con una determinada variedad de uva específica. A su vez, esta estructura varietal cualitativamente distintiva ha puesto en marcha otros artefactos vinculados con esta concepción, como las denominaciones de origen. Sin embargo, esta estructura no es definitiva ni se encuentra establecida de una vez y para siempre, y va cambiando la relevancia que adquieren las distintas variedades de uva en función de los requerimientos de la agroindustria, de los distribuidores y de las preferencias de los consumidores.

Sobre la base de contar con una determinada estructura varietal, las bodegas demandan a los productores de uva la realización de distintas labores culturales, en función de sus propias necesidades productivas, así como del segmento donde se ha ubicado al productor dentro de las calidades. A medida que aumenta este segmento, las exigencias de labores también lo hacen; así, de niveles mínimos de sanidad de la viña, se pasan a esquemas donde los productores deben completar una ficha cada vez que realizan una tarea en su propia finca, que luego será controlada por la bodega. Concretamente, el punto más alto de exigencia vinculado a las calidades hallados en el trabajo de campo se encuentra ligado al cultivo de una variedad de alta calidad enológica en una zona específica, que implemente cierto esquema productivo (realización de raleo, poda, deshoje), controlando los niveles de productividad<sup>7</sup> y poniendo en marcha

<sup>7</sup> Este elemento no implica equiparar de forma lineal productividad del viñedo con calidad, ya que se reconoce que el mismo puede tener un nivel productivo bajo por distintos motivos, incluso contrarios

una cosecha “tardía” (llevada a cabo en épocas posteriores a las uvas base, donde el productor corre mayores riesgos de helada y granizo). A medida que aumenta el nivel de exigencia, los cupos para los productores disminuyen, debido a que la proporción de quienes se dedican a la más alta calidad, al interior de las calidades, es menor que la de aquellos vinculados con las uvas de calidad base.

En términos generales para el sector de las calidades, los momentos productivos más normalizados, y por tanto los que mayores controles acarrear son dos: la poda y la cosecha. Por ejemplo, respecto de esta última debemos aclarar que el productor entrega la uva “puesta en bodega”,<sup>8</sup> aun cuando no se realice bajo las condiciones que él elija/pueda, sino bajo el tiempo/forma que la bodega señale. Generalmente, ésta se hace cargo de abastecer al productor con el receptáculo (que ella misma determina) para el traslado de la uva, en función del segmento de calidad asignado de antemano a esa materia prima. Respecto del traslado de la uva, se observa que en este gran segmento de calidad se ha eliminado el uso de la carpa —es decir colocar la uva en la caja de un camión, lo que permite trasladar entre 20 mil y 30 mil kilos en un solo viaje— ya que se considera que esta forma de envío perjudica la calidad del producto debido a las distancias que recorre y las altas temperaturas de la época de cosecha, por lo cual la oxidación comienza en el mismo camión y de esta forma se degrada. En la mayor parte de los casos entrevistados, que pertenecen a un segmento medio de calidad, se utilizan *bines* entre 400 y 500 kilos. El punto de calidad más alto refiere a la realización de la cosecha solamente de mañana, exclusivamente de forma manual y en cajas o cajones de plástico de 15 o 20 kilos

Esta baja en la capacidad del envase utilizado para trasladar la uva implica mayores complejidades al momento de organizar la cosecha, no sólo por el trabajo que implica, sino también por la imposibilidad de trasladar grandes

a la calidad, como las denominadas “fallas por corrimiento”, es decir, menor producción por una mala fecundación de los racimos, lo que provoca una falta de desarrollo de las bayas, encontrando racimos con flor, pero sin bayas.

<sup>8</sup> Distinto de otras producciones, como la actividad citrícola en Tucumán, donde los productores pequeños venden “en planta” a la agroindustria, delegando el momento de la cosecha a las empresas exportadoras o a las acopiadoras (Aparicio *et al.*, 2004).

cantidades de uva en pocos viajes a la bodega. Por tanto, la situación resulta perjudicial para los pequeños y medianos productores en dos dimensiones relacionadas: por un lado, al aumentar los cuidados y el trabajo implicado en el uso de estos envases más pequeños, y por otro, al subir los costos y elevarse la logística requerida por la mayor cantidad de viajes que deben realizarse bajo estas condiciones de calidad.

De esta forma, las labores realizados en las calidades exigidas por las bodegas a los productores de la zona estudiada no se igualan; de hecho, se fragmentan en la realización de ciertas tareas bajo formas específicas y con cantidades variables en función del segmento de calidad al cual esa uva se encuentre destinada de antemano por parte de la bodega.

Ahora bien, ¿cómo controla la bodega la realización efectiva y concreta de estas labores específicas? Puede sostenerse que el “servicio de asesoramiento técnico”, que las bodegas proveen al productor a través de ingenieros agrónomos que “visitan” estas explotaciones de terceros, explica gran parte de los mecanismos de supervisión y control que pone en marcha el eslabón agroindustrial para proveerse de una materia prima con características específicas.

No obstante, la supervisión y el control de los rasgos técnicos y de gestión de la producción de uva no es el único objetivo de esta presencia; se efectúa también con el fin de asegurarse la venta, frente a la ya mencionada ausencia de contratos formales. De esta manera, el técnico agrícola constituye una interface entre las necesidades de uva de las bodegas y las condiciones técnicas y agronómicas de las explotaciones de los productores de uvas. Como en general cualquier figura de interface, este agente de la agroindustria, incorporado a partir de la reestructuración en estas funciones, actúa como un elemento contenedor de conflictos, oscureciendo la imagen de la bodega como responsable de las pautas productivas y de los precios obtenidos.

No obstante, a la par de los parámetros técnicos, productivos y agronómicos que se imponen en los distintos segmentos de las calidades, los vínculos concretos entre el productor y el empleado de la bodega mantienen un carácter personal e individual. De esta forma puede observarse que cuanto más responde un productor a las exigencias/sugerencias de las bodegas, menos

control directo se realiza en las mismas explotaciones, lo que subraya la importancia de los aspectos más subjetivos de la comercialización de un bien distintivo en el mercado.

Por tanto, en lo que respecta a la articulación entre bodegas y productores de uva de calidad se observa que esta relación social reconfigurada bajo las calidades no implica una dominación total de la bodega sobre la explotación primaria de terceros, ni tampoco una completa libertad de los productores para determinar las formas en que organiza la producción y el trabajo en su propia explotación. No obstante, en esta relación existen desigualdades estructurales en cuanto a las condiciones del producto específico, como la perecibilidad de la uva que es sensible al paso del tiempo, pero también a condiciones históricas que han permitido la estructuración de un vínculo con mayor poder de determinación de precios y cantidad por parte de la bodega.

Se observa, entonces, que no existe una única forma de vinculación entre los productores de uva y las bodegas, y que las características que la relación social asuma en cada caso específico va a estar vinculada a cuestiones técnico-productivas (como el segmento dentro de las calidades al cual esté destinada esa uva), pero también a elementos subjetivos (el vínculo entre el productor y el técnico de la bodega puede introducir matices en los intercambios concretos entre el primero y las bodegas). Transversalmente, las concepciones y prácticas vinculadas a las calidades, continuamente recreadas y redefinidas, ya que desde comienzos de la década de 1990 hasta la actualidad han sufrido numerosas transformaciones, actúan como lineamiento de las bodegas que, trasladados “aguas abajo”, normalizan el proceso de producción de la vid a través de sus vínculos con los productores.

“La calidad”, en sentido abstracto, se traduce en la práctica cotidiana en una diversidad de formas de vincularse dentro de un complejo agroindustrial reestructurado. En este sentido, no constituye un corpus de concepciones definidas claramente y cerrado, ni como reglas detalladas, sino que se presenta en este ámbito productivo más como una relación social, continuamente recreada y definida, entre agentes sociales vitivinícolas. En otras palabras, la reestructuración de esta actividad implicó la reconfiguración de una forma de



articulación productiva que, bajo la denominación amplia de la calidad, encubre relaciones sociales diversas y cambiantes en sus formas, contenidos y dinámicas.

#### RELACIONES DE TRABAJO Y CALIDAD EN LA PRODUCCIÓN DE VID

El surgimiento de una vitivinicultura estructurada en torno a criterios de calidad, como se analizó previamente, implicó transformaciones de las relaciones sociales, formas renovadas de articulación agroindustrial y mayor supervisión sobre la producción primaria, cambios tecnológicos y modificaciones en la demanda laboral. Estos procesos implicaron tendencias a la racionalización tanto de la organización productiva como laboral de la actividad.

Estas transformaciones incluyeron cambios en la organización laboral y en las características de los mercados de trabajo y una mayor complejidad de los perfiles ocupacionales vinculados a la actividad. La presencia de nuevas tareas en el manejo de los viñedos desestacionaliza los requerimientos de trabajo, distribuyendo la demanda laboral en distintos momentos del año. Así, las nuevas tareas en verde, referidas al manejo agronómico de la parte aérea y del racimo, generaron nuevos momentos de ocupación de la mano de obra, otorgando al ciclo anual de trabajo un carácter ocasional que modifica su perfil típicamente estacional (Fabio, 2010). Además, la incorporación del riego presurizado provocó la aparición de un nuevo trabajador más calificado y con cierto grado de especialización. El desarrollo de formas de producción centradas en criterios de calidad involucró la utilización del espaldero alto como sistema de conducción, acompañado por la automatización y mecanización de ciertas tareas, lo que desembocó en una leve caída de la demanda laboral. Estas transformaciones generaron un proceso de trabajo con mayor grado de integración de las diferentes tareas críticas con respecto al resultado productivo, requerimientos de mano de obra permanente y transitoria con mayor nivel de involucramiento y calificación, a la vez que afectaron el volumen y el tipo de trabajador (Neiman, 2003).

En este escenario, la importancia del trabajo transitorio y la presencia de contratación de trabajadores a partir de modalidades de intermediación en el

marco de producciones de calidad presentan a la organización y a las relaciones laborales desafíos específicos en lo que respecta al desempeño de los trabajadores (Neiman y Quaranta, 2001). En términos generales se requiere personal con mayor nivel de involucramiento, centralmente en las tareas que se ejecutan manualmente, a la vez que se privilegia un perfil de trabajador polivalente, que posea conocimiento sobre el conjunto del proceso y capacidades para desempeñarse en sus distintas labores (Neiman, 2003; Brignardello, 2015).

El tamaño de los establecimientos vitivinícolas incide, por un lado, sobre el tipo de trabajador y la forma de contratación utilizada y, por otro, sobre las modalidades utilizadas para involucrar a los trabajadores y obtener los mejores desempeños que se ajusten a los requerimientos de los diferentes tipos de productores de vid. Las explotaciones pequeñas y medianas los contratan de forma transitoria, fundamentalmente para tareas de cosecha y lo hacen mayormente de forma directa. En cambio, las unidades de mayor envergadura recurren a este tipo de trabajador para un mayor número de tareas y utilizan para su contratación diferentes tipos de intermediarios (Quaranta y Fabio, 2011).

Con respecto a los trabajadores transitorios, su presencia es muy importante en el conjunto de la actividad y generalizada para la realización de tareas de cosecha. Este tipo de contratación se realiza en forma directa o a través de intermediarios laborales en diferente proporción según la zona productiva de la provincia; así, la presencia de intermediarios de cosecha se observa en 25% de los establecimientos de la zona de Luján de Cuyo y Maipú, mientras que en el Valle de Uco este porcentaje asciende sensiblemente (Neiman y Blanco, 2005; Quaranta y Fabio, 2011). En cambio, las tareas de poda son realizadas en la mitad de los casos exclusivamente con trabajadores permanentes y en la otra mitad se combinan permanentes y transitorios. Los establecimientos empresariales, en su gran mayoría, en todas o algunas tareas, recurren a trabajadores transitorios, evidenciando una alta flexibilidad en su contratación y organización (Neiman y Blanco, 2005).

Los diferentes requerimientos de calidad se traducen, como vimos en el punto anterior, en distintas exigencias para la ejecución de las tareas. Las menores demandas de calidad se expresan en la necesidad de que las tareas de cosecha

se realicen de determinada forma; a medida que se incrementan estas exigencias se complejiza la ejecución de la cosecha y se suman nuevas tareas relacionadas con el manejo de la vid y del racimo de uvas (desbrotos, raleos, etc.). Las pequeñas y medianas empresas cuentan con algún trabajador permanente de carácter polivalente que participa de las diferentes tareas del ciclo productivo y garantiza el conocimiento completo del proceso de producción. La contratación transitoria para tareas de poda, de operaciones en verde (desbrotos y raleos), en los casos en que se realicen, y de cosecha, persigue estabilizar un grupo de trabajadores que se comprometan con una ejecución detallada de las tareas, de forma que logren el mejor desempeño productivo de los viñedos. La remuneración de los trabajadores transitorios en estas unidades productivas es a destajo, es decir, el pago se establece, por ejemplo, en función de la cantidad de uvas cosechadas o del número de hileras podadas. La tensión que emerge en estos establecimientos entre el mayor ritmo de trabajo propio del sistema de remuneración y las exigencias de calidad que presenta la cadena vitivinícola se resuelve a partir de relaciones laborales de tipo personal con componentes paternalistas. Esta aparente paradoja, tradicionalismo en las relaciones sociales y modernización productiva, al igual que en otras experiencias (Newby, 1979), permite a partir de diferentes dispositivos de involucramiento alcanzar el compromiso necesario del trabajador para que ajuste su desempeño laboral al requerido por los productores y empresarios para alcanzar los criterios de calidad buscados (Brignardello, 2015).

Las empresas de mayor escala suelen recurrir a diferentes modalidades de intermediación laboral para garantizarse el acceso a grandes volúmenes de mano de obra en momentos puntuales del ciclo productivo. Bajo escenarios de agriculturas reestructuradas en torno a criterios de calidad, la intermediación, además de resolver el dilema de movilizar la fuerza de trabajo, debe garantizar desempeños laborales que permitan alcanzar dichos requerimientos, para lo cual la intermediación incluye entre sus funciones tareas propias de la organización laboral. Las diferentes figuras de intermediarios utilizadas por estas empresas (principalmente de contratación eventual, falsas cooperativas de trabajo y cuadrilleros tradicionales) por lo general, tienen a su cargo aspectos clave de or-

ganización de las tareas y de la selección de los trabajadores. Las grandes empresas, al igual que las explotaciones pequeñas y medianas, buscan estabilizar una oferta de “buenos trabajadores” y garantizar la continuidad de un grupo central de operarios en la ejecución de las tareas a lo largo del ciclo productivo y a través de los sucesivos ciclos. En estas unidades productivas, sin embargo, son los intermediarios quienes deben asegurar ante los encargados de la gestión de la mano de obra la permanencia del tipo de trabajador deseado por las empresas. Paralelamente, las tareas de organización y control ejecutadas por los intermediarios tienen entre sus principales funciones garantizar que el desempeño de los trabajadores se ajuste, en la mayor medida posible, a las exigencias de calidad que plantea a la producción primaria el resto de los actores del sistema alimentario (Neiman y Quaranta, 2001).

Las empresas que orientan su producción de vid a vinos de mayor calidad enológica incorporaron mayor cantidad de tareas en la etapa de producción y una mayor supervisión de estas tareas por parte de la etapa de elaboración de vinos. La presencia de ingenieros agrónomos que transmiten y controlan, como señalamos en el punto anterior, la realización de las tareas en los viñedos tienen el propósito de garantizar a las bodegas elaboradoras de vino una provisión de uvas con las condiciones requeridas. Esta vinculación entre la producción de vid y la etapa de elaboración de vinos implica procesos de articulación agro-industrial que también reconfiguran las diferentes relaciones sociales de trabajo entre los productores primarios y los trabajadores, estructurados en un espacio socio-productivo que debe responder a diferentes requisitos de calidad.

En estas empresas el sistema de remuneración combina un jornal básico y pagos por productividad a partir de un determinado nivel de rendimiento físico del trabajo. Esta combinación opera estableciendo un piso de productividad laboral y un pago adicional por encima de éste. En términos prácticos, el jornal funciona como mínimo a alcanzar por el trabajador que, en caso de no lograrlo, seguramente no será contratado nuevamente por la empresa. Bajo estas condiciones, las relaciones sociales de trabajo entrecruzan, por un lado, los dispositivos de supervisión e involucramiento desplegados por las empresas y, por otro, las prácticas de colaboración y resistencias laborales que pueden

desempeñar los trabajadores como, por ejemplo, ausentismo, sabotajes, rotación, etcétera.

Por lo tanto, la organización laboral y las relaciones sociales de trabajo se encuentran entrelazadas por las necesidades de responder a los requerimientos de calidad de la agroindustria y los consumidores de vino. Dichos criterios, como vimos anteriormente, presentan distintas exigencias que se traducen diferencialmente en las demandas que se plantean al trabajo y a los trabajadores. Así, las relaciones sociales de trabajo en el marco de la vitivinicultura reestructurada mendocina se encuentran mediadas por los requerimientos de calidad que plantean la producción y el consumo de vinos a los establecimientos dedicados al cultivo de la vid.

## CONCLUSIONES

Bajo las condiciones analizadas en este capítulo, la calidad no puede reducirse a principios normativos definidos por instituciones formalizadas, ya sea como procedimientos que garantizan ciertas propiedades “intrínsecas” del producto, o como un conjunto de condiciones agroecológicas, normas culturales y formas de producir detalladas por una denominación de origen. De hecho, la “calidad” adquiere su significado social en el marco tanto de estructuras sociales y productivas como de relaciones agroindustriales y de trabajo específicas.

En estos marcos estructurales, como en todo espacio social, los diferentes actores participan de forma desigual, y consecuentemente, como resultado de las diferentes posiciones sociales y de los recursos disponibles, sus márgenes de maniobra son asimétricos. Así, la calidad se constituye como relaciones sociales, es decir acciones recíprocamente orientadas, en condiciones específicas de estructuración.

La vitivinicultura mendocina experimentó un proceso de reestructuración que se manifestó, entre otros procesos, en el cultivo de vides correspondientes a variedades de alta calidad enológica, sin que esto implique la homogenización de este tipo producción. En este sentido, la calidad adquiere distintos significados con diferentes expresiones en la organización laboral y productiva de la actividad.

Entender que la calidad adquiere diferentes significados, en tanto componente de los procesos de reestructuración de la agricultura, nos permite eludir interpretaciones que objetivizan esta noción y le otorgan la condición de fetiche, oscureciendo así su interpretación y ocultando las relaciones y desigualdades sociales que subyacen a la organización laboral y productiva de la actividad.

Los diferentes criterios y requerimientos de calidad se traducen en distintas conexiones entre la agroindustria y la producción primaria, así como en diferentes vínculos entre esta última y los trabajadores. Así, la calidad se entiende como un conjunto de procesos y relaciones sociales en el marco de una estructura socio-productiva reestructurada y un sistema alimentario global.

#### BIBLIOGRAFÍA

- APARICIO, Susana, Paula Berenguer y Víctor Rau (2004). “Modalidades de intermediación en los mercados de trabajo rurales en Argentina”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 53: 59-79.
- ARAÚJO Filgueiras, Vitor (2013). “Novas/velhas formas de organização e exploração do trabalho: a produção ‘integrada’ na agroindústria”. *Mediações* 18 (2): 230-245.
- AZPIAZU, Daniel y Eduardo Basualdo (2000). *El complejo vitivinícola en los noventa en la Argentina, potencialidades y restricciones*. Buenos Aires: CEPAL.
- BOCCO, Adriana (2005). “Trama vitivinícola: reconfiguración de actores y transformaciones estructurales”. Ponencia presentada en las IV Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Buenos Aires, 9-11 de noviembre.
- BOCCO, Adriana y Guillermo Neiman (2001). “Mercado de calidad y trabajo. El caso de la vitivinicultura argentina”. Ponencia presentada en el V Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires, 1-4 de agosto.
- BOCCO, Adriana, Laura Alturria, José Gudiño, Jerónimo Oliva, Ana María Ruiz, Guillermo Salvarredi y Hernán Vila (2007). “La trama vitivinícola en la provincia de Mendoza”. En *Innovación y empleo en tramas productivas de Argentina*, compilado por Marcelo Delfini, Daniela Dubbini, Manuel Lugones e Ivana Nancy Rivero, 43-92. Buenos Aires: Prometeo.
- BONANNO, Alessandro y Josefa Barbosa Cavalcanti (2011). “Globalization, food quality and labor: the case of grape production in North-Eastern Brazil”, *International Journal of Sociology of Agriculture and Food* 19 (1): 37-55.

- BRIGNARDELLO, María (2012). “Reestructuración, calidad y relaciones sociales. Transformaciones en el vínculo productor vitivinícola-agroindustria en Mendoza, Argentina”. *Agraria* 16: 95-120.
- BRIGNARDELLO, María (2015). “Reestructuración, calidad y trabajo. El caso de la pequeña y mediana producción vitivinícola de Mendoza”. Tesis de maestría en Estudios Sociales Agrarios. Buenos Aires: FLACSO.
- BUSCH, Lawrence (2000). “The moral economy of grades and standards”. *Journal of Rural Studies* 16: 273-283.
- COLLADO, Patricia (2006). “Desarrollo vitivinícola en Mendoza-Argentina. Apuntes sobre su origen”. *Trabajo y Sociedad* 8 (otoño): 1-28.
- FABIO, José (2010). “Regulación social de la transitoriedad. El mercado de trabajo en la producción de uvas en Mendoza, Argentina”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 7 (64): 33-57.
- GAGO, Alberto (2003). *Las nuevas tendencias de desigualdad, polarización y exclusión. El impacto de la acumulación vigente en la región de Cuyo-Argentina*. Mendoza: Centro de Estudios e Investigaciones Regionales.
- GENNARI, Alejandro, Jimena Estrella Orrego y Leonardo Santoni (2013). *Wine Market Regulation in Argentina: Past and Future Impacts*. AAWE Working Paper núm. 136. Nueva York: AAWE.
- GOLDFARB, Lucia (2005). “The quality paradigm: Restructuring processes and social relationships in the viticulture sector of Mendoza, Argentina”. Tesis de maestría en Arts in Development Studies. La Haya: Institute of Social Studies.
- GUTMAN, Graciela (2005). *Agricultura de contrato de pequeños productores agropecuarios con agroindustrias y agrocomercios en Argentina. Experiencias, lecciones, lineamiento de política*. Buenos Aires: RIMISP-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.
- INSTITUTO DE DESARROLLO RURAL-INSTITUTO NACIONAL DE TECNOLOGÍA AGROPECUARIA (IDR-INTA) (1999). *Caracterización de la cadena agroalimentaria de vitivinicultura de la provincia de Mendoza*. Mendoza: Fundación Instituto de Desarrollo Rural.
- INSTITUTO NACIONAL DE VITIVINICULTURA (INV) (1990). *Estadísticas vitivinícolas*. Mendoza: Instituto Nacional de Vitivinicultura
- INSTITUTO NACIONAL DE VITIVINICULTURA (INV) (2015). *Estadísticas vitivinícolas*. Mendoza: Instituto Nacional de Vitivinicultura
- LACOSTE, Pablo (2004). “La vitivinicultura en Mendoza: implicancias sociales y culturales (1561-2003)”. En *Mendoza, Cultura y Economía* compilado por Arturo Roig, Pablo Lacoste, y María Cristina Satlari, 57-113. Buenos Aires: Caviar Bleu.
- LARA, Sara (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. Ciudad de México: Juan Pablos Editor.

- MARSDEN, Terry (2003). *The condition of rural sustainability*. Assen: Royal Van Gorcum.
- MATEU, Ana María (1996). "Poder y relaciones políticas y económicas en Mendoza, Argentina. 1880-1920". *Anuario de Estudios Americanos* 53 (2): 199-226.
- NEIMAN, Guillermo (2003). "La 'calidad' como articulador de un nuevo espacio productivo y de organización del trabajo en la vitivinicultura mendocina". En *El campo en la sociología actual. Una perspectiva latinoamericana*, compilado por Mónica Bendini, Josefa Salette Barbosa Cavalcanti, Miguel Murmis y Pedro Tsakoumagkos, 291-314. Buenos Aires: La Colmena.
- NEIMAN, Guillermo y Germán Quaranta (2001). "Reestructuración de la producción y flexibilidad funcional del trabajo agrícola en la Argentina". *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* 12 (6): 45-69.
- NEIMAN, Guillermo y Mariela Blanco (2005). "Modalidades de contratación y empleo de la mano de obra estacional en el cultivo de vid". Ponencia presentada en el 6º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, 13-16 de agosto.
- NEWBY, Howard (1979). *The Deferential Workers. A Study on Farm Workers in East Anglia*. Londres: Penguin Books.
- NICOLAS, François y Egizio Valceschini (comps.) (1995). *Agro-alimentaire: une économie de la qualité*. París: INRA-Economica.
- PONTE, Stefano (2009). "Governing through quality: Conventions and supply relation in the value chain for South African wine". *Sociologia Ruralis* 49 (3): 236-257.
- QUARANTA, Germán y Francisco Fabio (2011). "Intermediación laboral y mercados de trabajo en agriculturas reestructuradas: el caso de Valle de Uco, Mendoza, Argentina". *Región y Sociedad* 5: 193-225.
- Richard-Jojoba, Rodolfo (2003). "El mercado de trabajo vitivinícola en la provincia de Mendoza y los nuevos actores. El contratista de la viña: Aproximación a un complejo sistema de empresas y trabajadores, 1880-1910". *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios* 10: 5-37.
- RICHARD-JORBA, Rodolfo (2009). "El mundo del trabajo vitivinícola en Mendoza (Argentina) durante la modernización capitalista, 1880-1914". *Mundo Agrario*, 9 (18).
- RICHARD-JORBA, Rodolfo, Eduardo Pérez Romagnoli, Patricia Barrio e Inés Sanjurjo (2006). *La región vitivinícola argentina. Transformaciones del territorio, la economía y la sociedad 1870-1914*, Buenos Aires: UNQ.
- SALVATORE, Ricardo (1986). "Control del trabajo y discriminación: el sistema de contratistas en Mendoza, Argentina, 1880-1920". *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* 26 (102): 229-253.